

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 12 DE DICIEMBRE DE 1909

NÚMERO 102



## LOS ZAPATOS DEL GENERAL

Mientras esperaba que saliese el general, me paseaba por su salón, mirando y observando lo que constituía su *museo*, como él llamaba á dos vitrinas llenas de objetos de arte, trofeos militares, autógrafos y recuerdos íntimos, todo revuelto en el más perfecto desorden. En primera línea y en sitio preferente vi unas alpargatas chiquitas, de niño, pero que no tenían nada extraordinario; estaban usadas y hasta mau-

Ayuntamiento de Madrid

chadas de barro. Después de torturar mi cerebro, me convencí de que aquellas alpargatas habrían pertenecido seguramente á un héroe ó á un rey, aunque no me parecía el calzado más á propósito para un personaje. Estaba tan absorto en mi meditación que no oí entrar al general ni me di cuenta de su presencia hasta que sentí una mano que se apoyaba cariñosamente en mi hombro; me volví, excusando torpemente mi distracción, suplicándole que me perdonase.

—Está usted perdonado, amigo mío—me dijo, y continuó:—¿Contemplaba usted ese abigarrado conjunto de vejeces...? Son mis mayores amigos. Tienen un mérito infinitamente mayor que el haber pertenecido á un héroe ó á un sabio. Son el testimonio de la lección más útil y provechosa que he recibido en mi vida. Siéntese y se la referiré

Nos sentamos el uno frente al otro, y me contó lo que sigue:

—Era yo un chicuelo de seis años, huérfano, y vivía con mi abuela, una señora tan virtuosa como inteligente que me quería con lucura y satisfacía todos mis deseos, siempre que no fuesen perjudiciales. Una mañana jugaba yo en el jardín mientras ella hacía labor á pocos pasos de mí, cuando se acercó una pobre con un chico de mi edad á pedir limosna. Mi abuela, que decía que al pobre le hace más falta el socorro espiritual que el material, se levantó, acercándose á la verja para prodigar á la infeliz mujer alguna frase de consuelo, sembrando en su alma la semilla de la resignación y del amor de Dios, mientras yo fuí á buscar pan para dárselo. Volví corriendo y les traje un pan entero que cogí en la cocina! la pobre lo beso, y después de bendecirme mil veces, me dijo, enseñándome los pies descalzos del niño: “Mira, está heladito; ¿no tendrías unos zapatos viejos para él?” Mi abuela contestó que sí y me mandó traer un par que estaba en muy buen uso; pero á mí me pareció cruel que me quitaran mis zapatos y protesté enérgicamente. Mi abuela se enfadó, yo lloré y rabié como un desesperado, la pobre suplicó que no me regañasen más; recuerdo la escena como si hubiese ocurrido ayer. Aquella santa mujer que me sirvió de madre, con la dulzura que la caracterizó, me hizo levantar, enjugó mis lágrimas y dijo al niño pobre: “Hijo mío, vuelve mañana para que Carlitos te dé los zapatos, porque hoy debe estar malo y no sabe lo que hace.” Y despidiéndolos, se dirigió hacia casa conmigo de la mano. Me llevó á la capilla, me puso de rodillas y me dijo: “Pide perdón á la Virgen, prométele no volver á ser malo y dile que mañana darás tus zapatos al pobre.” “¡Eso no, no quiero!” volví á gritar, y ella me dijo: “Bueno, pues hasta que des los zapatitos no comes postre.” Yo estaba tan seguro de su cariño, que no la creí capaz de llevar á cabo el castigo que me imponía y me quedé muy tranquilo. Pero llegó la hora de almorzar, y cuando el criado me iba á servir una crema que olía á gloria, dijo mi abuela: “Carlos, ya sabes lo que tienes que hacer si quieres tomar postre.” Yo refunfuñé algo como una negativa y ella repuso con firmeza: “El niño no quiere crema, lléveselo al jardín á jugar.” Salí llorando y luego he sabido que la buena señora tampoco tomó postre y

que por su carita de cera rodaron algunas lágrimas. Esta escena se repitió á la hora de comer, al día siguiente y al otro. Todas las mañanas venía la pobre y me escondía porque me daba vergüenza verla y mi abuela la encargaba que volviese. Al cuarto día, el ángel bueno me transformó; vi desde lejos venir á la pobre, y corriendo subí á mi alcoba, cogí todos los zapatos y botas que tenía, incluso los puestos, y colocándolos en el delantal, bajé sofocado y anhelante, más que de la carrera, de la emoción que me produjo desprenderme de mi calzado, porque yo pensaba que al consumir el sacrificio, aquel niño tendría zapatos y yo iría descalzo. El chiquillo no quería aceptar mi regalo, su madre tampoco, y si no hubiese insistido se hubiesen marchado con los pies desnudos. Cuando nos quedamos solos, mi abuela me abrazó con más cariño que nunca, y sentándome sobre sus rodillas me dijo: "No olvides, vida mía, que á los pobres es preciso darles lo que deseamos para nosotros y compartir con ellos lo que Dios nos concede; no basta darles el pan que sobra en la cocina; es necesario darles un pedazo del nuestro para que la caridad sea perfecta", y prosiguió: "Ahora te traerán unas alpargatas que usarás hasta el sábado, que irá José (era un criado viejo) á Madrid y te traerá unas botas." En aquella época pasábamos medio año en una finca cerca de las Rozas. Mucho tiempo después terminé mi carrera de artillero, y cuando ascendí á teniente fuí á la guerra carlista. La pobre abuela estaba desolada haciendo mi equipaje; me dió un escapulario, varias reliquias y un paquetito con las alpargatas. Al ver la sorpresa reflejada en mis ojos, me dijo: "Las he conservado porque representan el primer sacrificio de tu vida; guárdalas y no olvides que al pobre debes darle tus *zapatos*." Ya no la volví á ver; pero en el tiempo que estuve en campaña y después en el curso de mi larga vida, he tenido siempre presente aquella provechosa lección. Ya tiene usted explicado el por qué esas alpargatas ocupan un lugar preferente en mi museo.

MARIA DE PERALES.



Ayuntamiento de Madrid



## LA PRINCESITA

### CONTINUACIÓN

- PREC. Hasta el punto de que una tarde... Contadle á la señora marquesa el caso.
- DOCT. Pues una tarde... Contádselo vos.
- PREC. Pues que yendo el doctor á buscar unas preciosas hierbas medicinales que él solo conoce, se encontró en las afueras á un muchacho que creyó era Estebanillo.
- DOCT. El propio Estebanillo. Yo hubiera jurado que era el propio Estebanillo.
- PREC. Como que le hablé.
- DOCT. Como que le hablé creyendo que era él.
- PREC. El chiquillo negó que él fuera Estebanillo, y el doctor se indignó.
- DOCT. No lo puedo negar, me indigné ante tal descaro.
- PREC. ¿Conque él lo creía descaro?
- DOCT. Eso es lo que yo creía.
- MARO. ¿Pero cómo se averiguó que no era él? Explicádmelo. (*Al doctor.*)
- DOCT. (*Muy azorado.*) Pues es muy sencillo, ¿no es cierto? (*Al preceptor.*)
- PREC. Sencillísimo. Decidle cómo.
- PREC. ¿Pues cómo diréis que lo averiguamos?
- MARO. (*Al doctor.*) ¿Pero no me dijisteis vos mismo que Estebanillo saltaba las tapias del parque y que le habíais visto?
- PREC. ¿Eso os dijo? Pues ya veis, marquesa, si es curioso eso de los aparecidos, porque el doctor, á fuerza de talento y de lógica, se decía: "Cuando este muchacho anda fuera del Palacio á estas horas ha tenido que escaparse. ¿Por dónde ha podido ser? Por las tapias del parque, sin duda. (*Al doctor.*) ¿No es así como discurría vuestro talento y argüía vuestra lógica?"
- DOCT. Sí... con efecto... así era.
- MARO. ¿Y os equivocabais?

DOCT. Así parece.  
PREC. No os podéis imaginar su asombro al saber que Estebanillo, á la misma hora en que creía el doctor haberle visto á un cuarto de legua de aquí, estaba en mi alojamiento poniendo en limpio su traducción latina.  
DOCT. ¡Es admirable! ¡Realmente admirable!

### ESCENA III

DICHOS Y EL DUQUE

DUQ. Marquesa, podéis estar tranquila. He dado cuenta á Su Majestad de las intolerables travesuras del paje Estebanillo, y en el mismo instante que regrese Su Alteza de su paseo, y con ella vuelva á Palacio el pajecillo culpable, se rá arrestado y enviado como corrigiendo al convento de San Benito.

MARQ. El caso es...

DUQUE. ¿No estáis satisfecha?

MARQ. Es que, según parece, el paje es inocente.

DUQUE. ¿Ahora salimos con eso? ¿Pues no le acusasteis vos misma?

MARQ. Yo estaba en la idea...

DUQUE. (*Aparte.*) Permitidme que os haga notar que por creerme me he colocado en una situación desairadísima.

MARQ. (*Al doctor.*) Ya lo veis, por fiarme de vuestros informes me encuentro en una situación muy desagradable.

DOCT. (*Al preceptor.*) Por el amor de Dios, salvadme de esta situación en que me habéis metido.

DUQUE. Marquesa, tenéis que explicar á Su Majestad lo ocurrido para que yo quede en el lugar que debo.

MARQ. En realidad, al doctor es á quien le toca explicar á Su Majestad la verdad del caso.

DOCT. Con vuestro permiso, creo que quien mejor puede enterar al Rey de todo es el preceptor.

PREC. Estoy á vuestra disposición á referir la verdad.

DOCT. Sí, sí, mañana mismo, á la hora de mi consulta, entraréis conmigo á la cámara y contaréis á Su Majestad...

MARQ. No, no; mejor es que esta noche, al despedirme de Su Majestad, entréis en la cámara conmigo y le digáis...

DUQUE. Permitid. Lo mejor será que al volver el Rey de caza entre el preceptor conmigo á la cámara y le explique...

PREC. Espero vuestras órdenes. (*Suena una marcha de cornetas.*)

DUQUE. Las cornetas de la guardia anuncian la vuelta de la Princesa.

MARQ. (*Asomándose hacia la izquierda.*) No viene por la puerta principal.

DUQUE. Habrá entrado por el parque.  
DOCT. (*Mirando á la derecha.*) Ya está aquí.

### ESCENA IV

DICHOS, LA PRINCESA, MARAVILLA Y ESTEBANILLO.

PRIN. Hola, querido duque; adiós, marquesa. Ay, que está aquí mi querido preceptor. Y el doctor también. ¿Hay alguien enfermo?

DUQUE. No, señora.

PRIN. (*Al doctor.*) ¡Me habéis dado un susto! (*El doctor va á tomar el pulso á la princesa.*) No, no os molestéis; ya se me ha pasado completamente. ¡Estoy más contenta! (*Todos reparan en Maravilla.*) ¿Os extraña este aumento en mi comitiva, verdad?

MARQ. Mientras Vuestra Alteza no se digne explicarnos á qué se debe...

PRIN. Pues se debe á que he oído cantar y he visto bailar á esta niña en la plazoleta de las Acacias, tan primorosamente, que he querido que me enseñe sus habilidades para sorprender á mi augusto padre que tanto gusta de oírme cantar.

*Continuará.*



RELATOS DE CAZA

## UN PERRO MARAVILLOSO

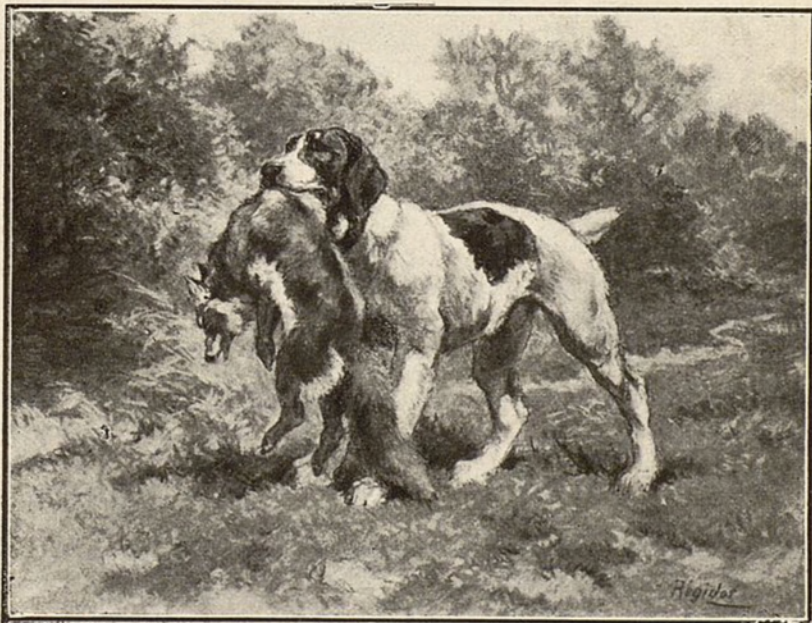
**E**l tío Pedro, después de chupar ansiosamente el cigarrillo y de echarse al colete un vaso de buen vino, se encaró con su perro, que dormía echado á sus pies, y dijo á sus camaradas:

—En toda la redondez del mundo no hay can que iguale, ni se aproxime siquiera, á mi *León* en la cuestión del olfato. Esas narices que contempláis tan aplastadas y anchas como las de un jabato, son las narices más maravillosas que crió la naturaleza... Nada más que una cosa os voy á referir para que os llenéis de pasmo... Veréis...

Mientras sus camaradas se miraban cruzándose de rostro á rostro extrañas sonrisas, el tío Pedro tiró al suelo la punta del cigarro, relamióse los labios, y empezó su relato diciendo:

—Veréis... Estaba yo una mañana todavía acostado, cuando se presentó mi mujer, y entre gritos y amagos de desmayo, vino á decirme que durante la pasada noche había desaparecido de nuestro corral la gallina más hermosa que teníamos... Una gallina, amigos, con un plumaje dorado, que valía un imperio, y con una abundancia y un tamaño en el poner de los huevos como nunca se vieron dentro de las bardas de un corral. Yo me vestí corriendo y, llamando al perro, dije á mi mujer: “No te apures. El *León* la encontrará aunque esté en las entrañas de la tierra...” Para que cogiera la pista no hubo más que enseñarle y darle á oler un huevo de la desaparecida. En seguida nos lanzamos á la calle, el *León* delante y yo limitándome á

seguirle. Pensaba yo que algún vecino aficionado á lo ajeno pudo encontrar bajas las tapias del corral y saltarlas, y esta sospecha mía estuvo á punto de convertirse en realidad cada vez que mi perro se detenía á oler cualquier umbral. Al fin abandonamos el pueblo y nos encontramos en medio del ancho campo. El *León* se detuvo en lo alto de un acirate y olfateó en todas direcciones hasta que se decidió á meterse por un erial donde la mala hierba crecía que era una bendición. La mañana era de las frescas de Noviembre y, aunque el cielo estaba sin una nube y el sol brillaba como pudiera hacerlo en Mayo, sentíase un fresquillo bastante molesto. Andando, andando, y sin dejar la dirección seguida desde un principio, llegamos al monte de los Angeles. ¡Y viérais allí al *León* correr de éste al otro matorral y



de este jaral al otro sin dejar de registrar un matorral de tomillo...! Cansado ya de caminar me senté junto á una piedra, no muy lejos de un arroyo de apacible corriente. El perrito desapareció y, pasado un buen rato, volvió jadeante trayendo en la boca... ¿qué diréis que traía en la boca? ¡Pasmaos, amigos, pasmaos...! Pues traía nada menos que una zorra muerta y los restos de la gallina desaparecida en la noche anterior...

—¡Buen olfato!—exclamaron todos sin dejar sus extrañas sonrisas.

—¡No hay nariz como ésta en la tierra!—dijo el tío Pedro cogiendo al *León* del hocico y mostrándoselo á los presentes...

JOSE A. LUENGO.

Ayuntamiento de Madrid



LA GUERRA ENTRE ENCAJÉS. CUADRO DE J. F. GUELDRY

He aquí un recuerdo del tiempo de la galantería francesa, referido por un historiador y pintado por un artista. La víspera de una batalla, la marquesa de Pompadour dijo al general D'Ablancourt que, después del com-

bate, ella ofrecería un *bouquet* para los bravos granaderos vencedores. Cumplió su promesa, presentándose en el campo con sus flores ante los soldados que la vitoreaban.



# FABULAS ESCOGIDAS

## LOS DOS LOROS

### Y LA COTORRA

De Santo Domingo trajo  
dos loros una señora.  
La isla es mitad francesa  
y otra mitad española.  
Así cada animalito  
hablaba distinto idioma  
Pusiéronlos al balcón  
y aquello era Babilonia;  
de francés y castellano  
hicieron tal pepitoria,  
que al cabo ya no sabían  
hablar ni una lengua ni otra.  
El francés del español  
tomó voces, aunque pocas;  
el español al francés  
casi se las toma todas.  
Manda el ama separarlos,  
y el francés luego reforma  
las palabras que aprendió  
de lengua que no es de moda  
El español, al contrario,  
no olvide la jerigonza,  
y aun discurre que con ella  
ilustra su lengua propia.  
Llegó á pedir en francés  
los garbanzos de la olla;  
y desde el balcón de enfrente  
una erudita cotorra  
la carcajada soltó  
haciendo del loro mofa.  
El respondió solamonte  
como por tacha afrentosa:

“¡ Vos no sois que una purista!”  
Y ella dijo: “¡ A mucha honra!”  
*¡ Vaya, que los loros son  
lo mismo que las personas!*

## EL OSO, LA MONA

### Y EL CERDO

Un oso con que la vida  
ganaba un piañontés,  
la no muy bien aprendida  
danza ensayaba en dos pies.  
Queriendo hacer de persona,  
dijo á una mona: “¿ Qué tal?”  
Era perita la mona,  
y respondióle: “¡ Muy mal!”  
“Yo creo—replicó el oso—  
que me haces poco favor...  
¿ Pues qué, mi aire no es garboso?  
¿ No hago el paso con primor?”  
Estaba el cerdo presente,  
y dijo: “¡ Bravo! ¡ Bien va!  
¡ Bailarín más excelente  
ni se ha visto ni verá!”  
Echóse el oso, al oír esto,  
sus cuentas allá entre sí,  
y con ademán modesto  
hubo de exclamar así:  
“Cuando me desaprobaba  
la mona, llegué á dudar;  
mas ya que el cerdo me alaba  
muy mal debo de bailar.”  
Guarda para su regalo  
esta sentencia un autor:  
*si el sabio no aprueba, malo;  
si el necio aplaude, peor.*

TOMAS IRIARTE.



## LAS BONDADES DE NINI

### CONCLUSION

**S**í, señores, sí; aunque las monjitas se pongan las manos en la cabeza y den gritos de espanto y las niñas se santigüen y todo, yo creo eso. Me estoy pasando toda la noche sin dormir y llorando. ¡Yo no quiero que me lleven al sótano! ¡No me da la gana estar con las ratas, que son muy feas y me morderán! ¡Y además el sótano estará muy obscuro! ¡Si el Niño-Dios puede hacerme buena y no me hace, que le encierren en el sótano! ¡Yo no tengo la culpa...! ¡Eso es...! ¡Y yo tengo mucho miedo...! ¡Eso es...! ¡Y esto es una injusticia...! ¡Eso es...! ¡A mí no me importa que me encierren en el ropero ó cualquier otro sitio que tenga luz...! ¡Pero en el sótano y con las ratas... no... y no... y no! No me dejen encerrar... estoy rabiosa... en cuanto me levante, y antes de que me cojan, me escaparé... aunque sea por el balcón... y mato á todas las niñas... ¡eso...! y mato también á todas las monjas... ¡eso...! Y yo no tengo ninguna culpa... ¡eso...! Y no lloro de pena, no, señor, sino de rabia...! A Piluca nunca la han encerrado con las ratas... Me comerán los dedos de los pies y las narices... y yo no quiero quedarme sin narices... Todo el mundo es muy malo y toda la gente tiene malas ideas, sí, señor; muy malas ideas... me escaparé... ¿Qué haré, Dios mío, qué haré para que no me encierren...? Yo tengo muchísimo miedo... ¡una atrocidad de miedo...! ¡Ay, ay, ay! ¡Qué malos son todos! ¡Qué malos! Así se está pasando el tiempo... ¿qué haré...? Ya parece que hay luz del día... ¡Ay, Dios mío! ¡Que se van á despertar las monjas y me van

á coger...! ; Yo no tengo la culpa...! ; Es el Niño-Dios...! ; No quiero...! Ya están levantadas las monjas... Ya oigo que la madre Rosario dice: "¡Vengan las llaves del sótano para bajar á Niní!" ; Socorro...! Ahora mismo echo á correr al altar del Niño-Dios... ; Ajajá...! ; Le tiro los floreros...! ; Ajajá...! ; Le tiro al suelo las flores...! ; Ajajá...! ; Ahora le tiro las velas...! Así... Ahora le tiro la sabani-lla... ; así...! y ahora...

.....  
.....  
Tengo que dar á los lectores de GENTE MENUDA una desagradable noticia. Han llevado á Niní á un colegio de Inglaterra y he quedado encargada yo de explicar las cosas y de despedir á Niní de los lectores de GENTE MENUDA, que ya no la verán más.

Niní cometió la enorme culpa de hacer responsable de sus fechorías á la sagrada imagen del Niño Jesús. Cuando las religiosas llegaron, atraídas por el estrépito, Niní había tirado todas las cosas del altar. Como esto ya significaba una falta gravísima, las religiosas llamaron á sus padres y les suplicaron que se la llevasen del colegio.

Sus padres, llorosos y contristados, obedecieron, y suponiendo que el mimo que ellos, los abuelos y la familia de Piluca daban á la pequeña rebelde, podía ser causa de que ésta no se enmendase, la cogieron y se la llevaron á un colegio de Inglaterra. Allí, por efecto de la distancia, no tendrá Niní el apoyo ni las disculpas de quienes la quieren. Allí queda sola, suplicando con gran interés que la despidamos de sus amiguitos de GENTE MENUDA.

Niní os quería mucho.

¡ Ya no la volveremos á ver en muchos años!

¡ Dios quiera que se corrija, y que en adelante sean reales y efectivas "Las bondades de Niní"!

M.<sup>a</sup> ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.

FIN.



## PEDRO NAVARRO

El inventor de las minas contra las fortalezas, el marino que bajo la dirección de Cisneros hizo la conquista de Orán y que en tiempos del Gran Capitán ganó laureles y victorias, Pedro Navarro, nació en Roncal, de familia obscura, pero honrada. Después de atravesar los



mares en el rudo oficio de marinero, sentó plaza de soldado en la compañía de Pedro Montano, dejándola á poco para volver á surcar el Mediterráneo, mandando una nave como capitán corsario, haciendo célebre el nombre que le habían puesto de *Roncal el Salteador*.

Toda esa época de su vida no es tan conocida como la que comienza en 1495. Desde entonces, figurando al lado del Gran Capitán, pasa á Italia, y en Regio, Gominara, Cañara, Jefalonia, Venasa y Castellaneta lució su talento y pericia militar. Batió é hizo prisionero al duque de Adría; sitió á Castel d'il Oyo que se creía inexpug-

nable; pero Navarro, taladrando la peña, llenó la mina de pólvora, produciendo una explosión que voló gran parte del castillo.

Este hecho, que era una tremenda innovación en la ciencia del ataque, que sucedió el 11 de Junio de 1503, llenó de tanto asombro á la Europa, siendo por entonces opinión común que nada podría ya en adelante resistir al efecto de tales minas.

Sitiado en Canosa por los franceses el año 1502, resistió sus catorce asaltos con sólo 600 hombres, los cuales desfilaron con todos los honores por medio del real enemigo, tendidas las banderas y diciendo España, España, y tocando los instrumentos de guerra. El Gran Capitán, que desde Barleta le había ordenado se le uniese, al verle venir tan glorioso salió á recibirle y abrazarle diciéndole: "¿Qué loor puedo yo dar á vuestras obras que satisfaga lo que ellas merecen?" A lo que respondió Navarro: "A lo que vos hacéis se debe dejar el cargo que ello se publique. y publicándose se estima y honra cuanto es menester."

En 1505, por órdenes del Gran Capitán, pasó á España, para que viera al Rey Católico y le defendiera de los que le acusaban partidario del Rey Felipe. Las audiencias con el monarca de Aragón fueron tan afectuosas que antes de partir Navarro de nuevo para Italia le dió Su Majestad el título de conde de Oliveto.

El año 9, organizada la campaña de Oran, puestas en disposición de hacerse á la mar 80 velas y pertrechados convenientemente los 14.000 hombres que en ellas iban, sobresalió tanto Navarro, que sobre Diego de Vera, Alonso de Granada, conde de Altamira y el famoso Gonzalo de Ayora, todos generales ya de gran nombre, tomó el mando en jefe de los expedicionarios, á quienes, distribuyéndolos en cuatro escuadrones, dió la orden de atacar al moro al grito de guerra antiguo entre españoles de ¡Santiago!, ¡Santiago!, ataque que se realizó tan en orden, que el mulsumán quedó arrollado. Con idéntica fortuna ganó un año después las ciudades de Bugía y Trípoli.

Tras estos éxitos, y algunos más, vino la famosa batalla de Rávena, y en ella cayó prisionero del francés, en cuyo poder estuvo sin ser rescatado, porque los envidiosos le acusaban de haber sido él el culpable único del suceso. Pasados tres años, y como aún no había recobrado la libertad, se pasó al francés, que por tan largo tiempo le hizo grandes promesas, no sin renunciar antes en carta á Carlos V á todos los honores que su patria en pago de sus servicios le concedió.

El ingeniero español, alistado en los ejércitos de Francisco I, luchó contra los imperiales de Carlos V en cuantas guerras originó la rivalidad de los dos monarcas. Contra el virrey de Nápoles y contra el inmortal Antonio de Leyva entabló combates, peleando siempre, pero, desde que por disgusto y desesperación dejó las banderas españolas, sin fortuna y sin lauro, teniendo, en 1528, la desgracia de caer en manos de sus compatriotas cuando sitiaba á Nápoles, que era reino de la corona de España, quienes, no perdonándole que hubiera dejado las águilas imperiales por las promesas de Francisco I, lo encerraron en tilnuovo, donde reducido á una estrecha prisión, murió, haciéndose matar él mismo, impaciente de tan tristes sucesos, según unos, y, según algunos, ahogado entre dos colchones por real mandato, opiniones faltas de verdad, porque sus achaques y sus duelos fueron la causa de su fallecimiento.

El duque de Sesa, entonces virrey de Nápoles, recordando sus altos merecimientos y honrando la inventiva del primer ingeniero militar que tuvo el mundo, le hizo sepultar en Santa María la Nueva, de aquella capital, y mandó poner en su sepultura una inscripción honorífica.

Dejó hecho el castillo de Salsas, en Cataluña, del que se dijo: "El castillo lo dirigió Pedro Navarro, y con sólo esto está dicho todo". Y en su elogio se escribió: "Consumado en el arte de atacar y defender las plazas, eternizó su memoria con el descubrimiento de aplicar la pólvora á las minas."

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA,

## UNA BROMA



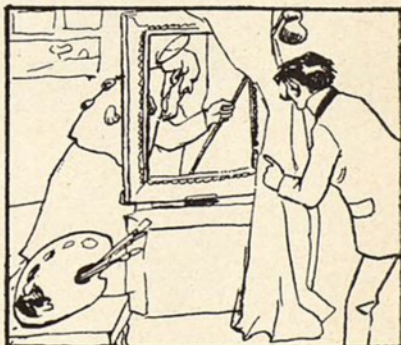
—Mira, Manuel—dijo el Sanduesa á su criado,—vamos á darle una bromita á D. Zoilo para que no vuelva á criticar mis cuadros.



Voy á ponerte esta barbita para que resultes en carácter... ¡Vas á hacer de San Roque...! Es decir, de imagen del bendito santo.



¡Qué bien te sienta la capa! ¡Estás muy propio...! Toma la calabaza.



Ponte detrás del marco... ¡Y mucho ojo...! Tienes que estar inmóvil.



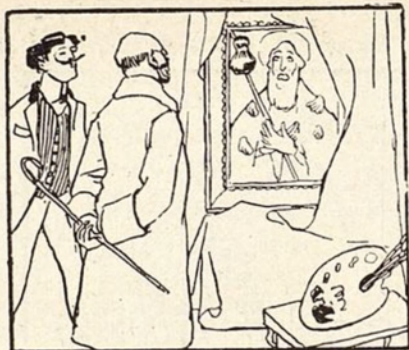
La vista al cielo... ¡Ajá...! ¡Estás pero que muy propio...!



¡Han llamado! Seguramente es él. ¡Si llego á descuidarme un poco...!



¡Adelante, D. Zoilo...! Llega usted en buen hora. Le voy a enseñar la efigie de San Roque que he pintado en un par de días.



—¿Qué le parece?  
—Hombre... ¡Pschs...!  
—¿Cómo que pschs? ¡Si está divinamente! ¡Si se sale del marco!



—Sin embargo. Aquí debías darle un par de pinceladas.  
—Se las voy a dar ahora mismo.



—¡No...! En la barba, no.  
—¿Pues dónde?  
—¡En la boca...! Dame el pincel.



—Aquí, aquí—añadió D. Zoilo, uniendo la acción á la palabra.  
Al sentir las pinceladas, el criado se excitó un poco.



¡Y le dió á D. Zoilo con la calabaza!  
—¿No le decía yo á usted—repuso Sanduesa—que se salía del marco?